

“El lugar donde volví a sentir hogar”

Érase la mañana del 10 de diciembre. En la estación de Madrid-Barajas, la emoción de haber recorrido doce horas en avión y, finalmente, llegar al destino, provocaba en mí una sensación de plenitud. Había imaginado aquel momento muchas veces, pero nunca pensé que la realidad pudiera sentirse tan intensa.

Al llegar, todo era nuevo: un país desconocido, edificios imponentes y una estación muy distinta a las de mi país. Sentí cómo mi piel se erizaba al experimentar un frío inimaginable; era evidente que mi cuerpo aún no se adaptaba a tantos cambios.

Estaba acostumbrada, en cierta forma, al caos, al tráfico y al pitido interminable de los coches en plena autopista. Nunca imaginé que España sería tan organizada en muchos aspectos. En mi país, los vendedores ambulantes ocupaban cada esquina, dejando al descubierto la triste realidad de la pobreza en muchas zonas del Perú. Aquí, en cambio, aquello no se veía. Aquí se respiraba un aire de superación, aceptación y apoyo incluso en circunstancias desfavorables.

Todo era tan diferente y, al mismo tiempo, tan apasionante. Me instalé en casa de un familiar lejano, a cuatro horas de Madrid, en la ciudad de Zaragoza. Cada día sentía más emoción por descubrir nuevas calles, costumbres y celebraciones. Sin embargo, muy dentro de mí comenzaba a crecer un vacío difícil de explicar.

La razón de mi llegada a España era, sin duda, mejorar mi situación y encontrar oportunidades que en mi país difícilmente habría podido alcanzar. Pero, con el paso del tiempo, los días comenzaron a hacerse largos y los meses parecían años. Me sentía desubicada, perdida entre el tiempo y el espacio.

Entonces comprendí algo doloroso: viviendo en una ciudad tan grande, no había conseguido hacer amistades. No conocía a nadie más aparte de mi familia lejana, con quienes compartía el día a día. Recordé entonces una frase que había leído en un libro: “El ser humano es sociable por naturaleza”. Y comprendí cuánto me habían limitado el miedo y la inseguridad. Estaba rodeada de personas, pero al mismo tiempo me sentía completamente sola.

Meses después, finalmente llegó todo mi núcleo familiar, aunque con una nueva noticia: nos mudaríamos a Ejea de los Caballeros, un pequeño pueblo situado a una hora de Zaragoza. La emoción volvió a recorrer mi cuerpo y, entre lágrimas, comprendí la importancia de tener cerca a quienes amas. Nos reencontramos después de meses de separación y, entre risas y llanto, nos abrazamos con fuerza, dejando atrás la tristeza de la distancia.

Aquel abrazo no solo reunía a una familia; también marcaba el inicio de una nueva etapa, una en la que aprenderíamos juntos que comenzar de nuevo en un país distinto no significa perder nuestras raíces, sino encontrar nuevas formas de crecer y convivir.

Al llegar a Ejea de los Caballeros y contrastar sus diferencias con la ciudad, quedamos perplejos. Era un lugar pequeño donde las calles transmitían un ambiente acogedor y tranquilizador. Todo parecía más cercano, más humano. Las personas se saludaban por las calles, se detenían a conversar sin prisas y hacían que el pueblo se sintiera cálido incluso en los días más fríos del invierno.

Desde el primer momento, muchas personas nos abrieron las puertas. Yo encontré trabajo como camarera y, aunque al principio suponía un enorme reto, hubo quienes me apoyaron en mi crecimiento y aprendizaje laboral. El mayor desafío era

acostumbrarme a que, aunque hablábamos el mismo idioma, muchas palabras tenían significados distintos. A veces una simple expresión provocaba risas, silencios incómodos o momentos de confusión.

En el bar donde trabajaba se reunía cada mañana una pequeña pandilla de personas mayores. Yo las consideraba sabias, porque el paso de los años parecía reflejarse no solo en sus rostros, sino también en la calma de sus palabras y en todo lo que habían aprendido de la vida.

Recuerdo especialmente una mañana. Mis manos temblaban mientras intentaba sostener las tazas de café y escuchar al mismo tiempo los pedidos de los clientes. Algunas palabras todavía se me escapaban. Cuando uno de ellos me pidió una “caña”, me quedé inmóvil durante unos segundos intentando comprender qué significaba aquello. Todos comenzaron a reír y sentí cómo mis mejillas se encendían de vergüenza.

Sin embargo, lejos de burlarse de mí, comenzaron a explicarme con paciencia muchas expresiones típicas del lugar. A partir de entonces, cada día aprendía una palabra nueva y ellos disfrutaban enseñándome. Poco a poco, aquellas diferencias culturales que al principio me intimidaban comenzaron a convertirse en puentes que nos acercaban más.

Uno de ellos, acercándose a mí cada mañana, siempre me preguntaba cómo me encontraba y cómo estaba mi familia. Quizás para algunas personas aquellas preguntas podrían parecer invasivas, pero para mí significaban algo muy distinto: interés, cercanía y humanidad. Al final, los seres humanos siempre buscamos una manera de conectar con otros.

Entre historias y relatos de vida, aquellas conversaciones terminaban casi siempre en consejos. Recuerdo especialmente cuando me decían entre risas:

—Tienes que estudiar, estás muy jovencita. Estudia o tendremos que decírselo a tus padres para que te insistan.

Aquellas palabras, aunque sencillas, comenzaron a quedarse conmigo. Nunca me había sentido tan cercana a personas que no fueran de mi familia. Incluso podría decir que influyeron enormemente en mi decisión de retomar mis estudios. Poco a poco, aquel sentimiento de cercanía empezó a transformarse en cariño.

Algo que me había costado experimentar desde mi llegada a España comenzó a florecer en aquel pequeño bar, que terminó convirtiéndose en mi segundo hogar, aunque suene exagerado decirlo. Aquellas personas me incluían, me escuchaban y me ofrecían un trato humano que, durante mucho tiempo, había dejado en un segundo plano debido al miedo y a la soledad.

Entonces comprendí que convivir no consiste únicamente en compartir un mismo lugar, sino en hacer sentir al otro que pertenece a él. Y fue precisamente en aquel pequeño pueblo, lejos de mi país y de todo lo que conocía, dónde dejé de sentirme extranjera para empezar a sentirme parte de una comunidad.

Hoy entiendo que emigrar no solo significa cambiar de país. Significa aprender a reconstruirse lejos de lo conocido, aceptar nuestras diferencias y descubrir que la empatía puede convertir cualquier lugar en un hogar. Porque la convivencia no nace de pensar igual, sino de la voluntad de escucharnos, comprendernos y reconocernos en el otro.